

¿Por qué Dios parece tan cruel en el Antiguo Testamento?

De Nadina:

“Un compañero de trabajo dijo que no quiere seguir a un Dios tan cruel como el nuestro. Se refirió a Génesis 17:14 y al severo juicio a los judíos que se negaron a circuncidar a sus hijos. ¿Por qué no aplicar un castigo más razonable que el de ser "cortados" del pueblo? ¿Qué le respondo? “

Querida Nadina,

¡Qué pregunta tan desafiante! Está relacionada con muchos temas serios y, por tanto, mis respuestas pueden dejar algunas cuestiones pendientes. Aunque no existan respuestas completas, podemos intentar dar algunas parciales.

Si no le importa, preferiría escribir esto en forma de carta a su colega. No hace falta que se la muestres a menos que lo creas aconsejable.

Estimado señor,

Su preocupación es comprensible desde el punto de vista de alguien familiarizado con elementos del Antiguo Testamento, pero menos con el evangelio.

Me sorprende que haya elegido este ejemplo de aparente crueldad divina. En el Antiguo Testamento existen juicios mucho más drásticos. Este es uno de los más suaves que se me ocurren. Pero ya que usted lo mencionó, voy a tocar el tema.

La circuncisión en la Biblia era un símbolo de una realidad espiritual importante y central; el arrepentimiento del pecado y un cambio de corazón para seguir al Señor con un compromiso de pureza de vida. El profeta Jeremías dijo: Circuncidaos a Jehová; quitad el repudio de vuestros corazones, Jer 4:4.

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo explicó, ...la circuncisión es un asunto del corazón, por el Espíritu, no por la letra. Romanos 2:29

Así pues, la circuncisión simbolizaba el mandato de arrepentirse de ser pecador para recibir el perdón y ser aceptado por Dios como hijo suyo. Rechazar la circuncisión representaba, por tanto, negarse a arrepentirse, a someterse a la autoridad de Dios y, por consiguiente, a renunciar a la misericordia.

Los eruditos no tienen claro qué significa "cortado de su pueblo". Algunos piensan que significa pena de muerte; otros, exilio.

Ahora voy a decir lo contrario de lo que cabría esperar. Independientemente de si el castigo es el exilio o la muerte, tal castigo no es ni de lejos lo suficientemente severo como para ajustarse al crimen. ¿Qué merece una persona con un corazón incircunciso?

Esa persona merece ser desnudada, su espalda lacerada con látigos, su cabeza maltratada de modo que el cuero cabelludo sea desgarrado y la sangre corra por su cara porque tales heridas sangran mucho, de modo que apenas vea lo que se le está haciendo. Luego lo arrastran hasta un trozo de madera y lo clavan a él por las manos y los pies, de modo que no importa el movimiento que haga, es una agonía; luego lo dejan allí durante horas, para que muera lentamente por asfixia, pérdida de sangre y dolor.

¿Qué le parece eso como crueldad? La definición que ha presentado de exilio o muerte es insignificante en comparación.

El Dios de la Biblia tiene una norma y es absoluta, universal e inmutable, definida en una palabra, repetida a menudo como: "Santo, santo, santo es el Señor Dios todopoderoso".

Dios es infinitamente santo y nosotros estamos hechos a su imagen. ¿Qué debe esperar de nosotros? Una santidad absoluta, por supuesto. Lógicamente, todo lo que no sea eso, merece el castigo más severo.

¿Podría Dios hacer a alguien lo que acabo de describir y ser justo? En vista de su santidad infinita, ¡sí! De hecho, eligió a un sustituto para que sufriera eso en nuestro lugar.

¿A quién eligió? ¿A un profeta? ¿Tal vez un hombre con un alto umbral de dolor? Pensemos detenidamente en lo que voy a decir...

¡SE ELIGIÓ A SÍ MISMO!

El apóstol Pablo lo expresó así...

...Dios reconcilió consigo al mundo en Cristo... Por nosotros hizo pecado al que no conoció pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. 2Cor 5:19,21

pero Dios muestra su amor por nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. ...fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, Romanos 5:9,10

Lo hizo por usted y por mí.

Nuestros corazones incircuncisos merecen el infierno. Entre nosotros y el juicio hay una barrera, una cruz manchada de sangre. Podemos detenernos allí y abandonar nuestros razonamientos superficiales, nuestra propia justicia, nuestros ídolos y falsos dioses, incluidos nosotros mismos, y ser limpiados. O podemos esquivar la cruz y seguir nuestro camino hacia la justicia de Dios.

Echemos un vistazo a la palabra "cruel". Detrás de esta palabra está la suposición de que el castigo excede con mucho el valor del crimen. Trasciende el término "severo" y conduce a una acusación de malicia, insensibilidad y desprecio por el equilibrio en la aplicación de la justicia.

Esto supone que hemos descubierto una norma de lo correcto y lo incorrecto superior a la de Dios y que Él se equivoca al imponerla. Por eso, cuando acusamos a Dios de injusticia, debemos hacerlo con mucho cuidado y estar seguros de que nuestro razonamiento es justificable.

El tercero de los Diez Mandamientos dice: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano". (Éxodo 20:7) Una forma de hacerlo es acusando a Dios de injusticia. El texto añade: "Porque Jehová no dará por inocente al que tomare su nombre en vano". Esto significa: "Castigaré a quien haga eso". Curiosamente, este es el único de los Diez con una amenaza explícita adjunta, por lo que debe ser importante.

La objeción básica esconde un fallo fatal. ¿De dónde sacamos una norma para juzgar a Dios? ¿Es algo de las normas que nos rodean? ¿O es simplemente lo que "parece" correcto? Si es esto último, entonces debemos preguntarnos: "¿Por qué deberíamos tomar lo que parece correcto como autoridad para juzgar cualquier cosa?". ¿Es esto racional o meramente emocional?

Todos hemos quebrantado este tercer mandamiento y merecemos el castigo que derramó sobre su Hijo como nuestro sustituto. Todos somos infractores de la ley en relación con la santidad absoluta de Dios y merecemos su justicia.

Permítame sugerirle que reconsidere sus presuposiciones a la vista de la cruz y que considere implorar la misericordia de Dios.

Oro para que el Dios verdadero le guíe en su búsqueda de la verdad.

Roger Smalling